

University Library de Cambridge, es considerado el principal representante del texto llamado occidental, aunque inadecuadamente, pues probablemente fue escrito en Egipto o Norte de África, por un copista cuya lengua materna era el latín. Algunos críticos, sobre todo de la escuela inglesa, han valorado este tipo textual como el más antiguo, opinión que comparte la investigación de Rius-Camps. Sin embargo, la mayoría de los estudiosos lo consideran un texto tardío. Así, D. C. Parker en su detenido estudio (*Codex Bezae. An Early Christian Manuscript and Its Text*, Cambridge, 1992), considera que las lecturas únicas de este manuscrito rara vez tienen interés para la reconstrucción del texto original. Sin embargo, es un manuscrito muy interesante para el estudio de la transmisión del texto del N. T. Quizá el texto del Códice de Beza sea más interesante para la historia de la Iglesia en el siglo III, que para la reconstrucción del texto original del N. T.

Lo que sí me parece un logro es editar la doble obra lucana conjuntamente. Aunque, en mi opinión, cuando Lucas comenzó a escribir el evangelio no sabía que luego escribiría el libro de los Hechos, es decir, creo que no estamos ante una obra en dos tomos, sino ante dos obras que guardan una unidad *a posteriori* porque Lucas compuso el libro de los Hechos inspirándose e imitando su evangelio, sin embargo, las dos obras están unidas por estilo, vocabulario y, sobre todo, su concepción teológica. Pero la tradición separó las dos obras y nunca las transmitió juntas en los manuscritos. El autor afirma que es la primera vez (*Demostración a Teófilo*, p. 13) que se editan las obras juntas, lo que me parece un acierto. JOSÉ RAMÓN BUSTO SAIZ

Sicre, José Luis. *Jueces*. Estella: Verbo Divino, 2018, 607 pp. ISBN: 978-84-9073-408-7.

Es difícil acceder a sólidos comentarios bíblicos en castellano. Quienes quieren introducirse con seriedad y hondura en el estudio de los libros de la Biblia encuentran pocas y muy limitadas opciones en la lengua de Cervantes. Esta obra viene a subsanar tal carencia y se presenta como el único comentario científico que aborda en nuestro idioma el libro de los Jueces. José Luis Sicre es el encargado de adentrarnos en él con el rigor y la facilidad de lenguaje con la que nos tiene acostumbrados.

Aunque Sicre resulta ser un referente internacional en relación con los libros proféticos, los últimos años ha ampliado su investigación profundizando en la denominada historia deuteronomista. Fruto de este estudio es la obra que ahora disfrutamos y que ha publicado la editorial Verbo Divino. En su introducción no solo nos ofrece una visión panorámica de Jueces, sino que también nos presenta los criterios seguidos a la hora de abordar este comentario.

En sus primeras páginas y a través de un ejemplo muy gráfico, el autor plantea su intención de conjugar las diversas perspectivas a la hora de leer Jueces. Sicre propone aunar cómo se acercaría a este libro bíblico el oyente ideal, un escriba piadoso y un erudito. La combinación de estas tres miradas enriquece el conjunto del comentario, satisfaciendo las exigencias de un lector del siglo XXI. En estas páginas iniciales, tras mostrar la relevancia histórica, religiosa-teológica y literaria de Jueces, también presenta a los tres grandes protagonistas de este libro bíblico, que son los israelitas, YHWH y los enemigos, y el peculiar modo en que se dibujan.

Uno de los puntos fuertes más destacables de este comentario es la claridad con la que el autor presenta y expone los contenidos. Sicre demuestra una gran capacidad para expresar de modo sencillo cuestiones complicadas como pueden ser las diversas teorías sobre la formación del libro. Lo que podría haberse convertido fácilmente en un complejo laberinto de hipótesis, se transforma en una cómoda senda por la que el lector puede transitar, haciéndose una idea global de lo más importante, pero sin perderse en medio de las distintas opiniones. El resumen final, en el que se recogen los problemas de Jueces y las soluciones que los principales estudiosos suelen aceptar (p. 49), se convierte en el broche de oro de una temática difícil, pero tratada con maestría.

En la introducción del comentario se desarrollan las intenciones que alberga el libro bíblico, tanto a nivel religioso, al mostrar la gravedad del culto idólatrico, como a nivel político, presentando esta etapa como un caos creciente que solo se podrá resolver con la aparición de la monarquía. Además de otras cuestiones más técnicas, como la presencia de este libro bíblico en las diversas versiones textuales, también se abordan temáticas siempre espinosas. Es el caso de la violencia que rezuma Jueces y la relación del libro con la historia de Israel.

La destreza pedagógica y la agilidad literaria que demuestra el autor para guiar en medio de la complejidad de Jueces, subrayando lo relevante y dejando a un lado los detalles, queda potenciada por los esquemas y gráficos que, dispersos a lo largo de la obra, le otorgan un valor añadido y refuerzan la explicación ofrecida. Es lo que sucede al presentar la estructura de Jueces que es, además, la que vertebra el conjunto del comentario (p. 28).

La primera parte del libro (Jue 1,1–3,6) es denominada «la decadencia progresiva del pueblo». En ella se va describiendo cómo Israel va degenerándose hasta hacerse imprescindible la presencia de los jueces. En una primera sección, aquella que abarca Jue 1,1–2,5, la conquista de la tierra se presenta como incompleta, condenada y llorada. En cambio, en una segunda sección (Jue 2,6–3,6), se dibuja una nueva generación del pueblo que, aun pecando contra YHWH, no se lamenta por ello. Se plantea así una situación que convierte en irremediable necesidad el envío de jueces por parte de Dios.

La segunda parte del libro (Jue 3,7-16,31) carga las tintas contra los jueces. Esta vez serán ellos los que vayan cayendo en desgracia de manera progresiva. La aparición de estos líderes está enmarcada en un repetitivo esquema teológico que atraviesa esta parte del libro: pecado – castigo – clamor – salvación. A lo largo de estos capítulos se suceden las tradiciones en torno a los *jueces mayores*: Otoniel (Jue 3,7-11), Ehud (Jue 3,12-30), Sangar (Jue 3,30), Débora y Barac, en su versión en prosa (Jue 4) y en verso (Jue 5), Gedeón (Jue 6-8,32) y Abimélec (Jue 8,33-9,57).

Tras los llamados *jueces menores*, esta sección culmina con el ciclo dedicado a Jefté (Jue 10,6-12,7) y la historia de Sansón (Jue 13-16). Con este último se hace patente la degeneración creciente de estos personajes. De este modo se responde a algunas de las finalidades del libro bíblico que ya se habían presentado en la introducción del comentario (p. 52-54), pues la sucesión de estos líderes políticos y religiosos esconde la pretensión de justificar la necesidad de la monarquía, especialmente la dinastía davídica.

La última parte del libro (Jue 17-21) será la que prepare el necesario surgimiento de un rey. Se presenta cómo el santuario de Dan se edifica sobre ocho pecados: el robo de Micá a su madre, la inversión de parte de ese dinero en la construcción de una estatua, la fabricación de un efod y un tefarím, la consagración por parte de Micá de uno de sus hijos, la contratación y consagración de un levita, el robo de los miembros de la tribu de Dan de la estatua, el efod y el tefarím, el asesinato de la población e incendio de la ciudad y la entronización de la estatua de Dan. Este pecaminoso origen, junto al crimen de Guibeá y sus consecuencias que también se describe en estos capítulos, revelan una situación ante la que, como se repite a lo largo de Jueces, «los israelitas clamaron a YHWH, que les suscitó un salvador», con la diferencia de que esta «salvación» vendrá por la monarquía.

A la amplísima y actualizada bibliografía que Sicre ofrece al final de la introducción del comentario (pp. 65-80), hay que añadir aquella más específica a la que se remite antes de abordar cada una de las diversas temáticas, partes o secciones del libro. Los detallados análisis de versículos problemáticos resultan especialmente clarificadores y se vislumbra a lo largo de todas las páginas de esta obra la inquietud pedagógica del autor. Él demuestra, una vez más, que el rigor científico y los amplios conocimientos no conducen necesariamente a que un comentario tenga que leerse con dificultad o disgusto. Al contrario, esta obra se convierte en un claro ejemplo de que es posible que un profundo comentario bíblico tenga, además, una lectura ágil, amena y agradable. IANIRE ANGULO ORDORIKÁ